

Manuel Alvar Ezquerro
Universidad Complutense de Madrid

EL DEPORTE Y LOS TÉRMINOS DEPORTIVOS

*Para Beatriz y Alfonso, sin cuya iniciativa
y empeño estas páginas no hubiesen sido.*

En las primeras líneas del único trabajo que Manuel Alvar escribió sobre esta cuestión ¹ se planteaba la definición misma de la palabra *deporte*:

Los problemas asaltan ya en una primera formulación que necesariamente debe ser lingüística. ¿Cómo se define la palabra *deporte*? Aquí nuestra sorpresa inicial, pues el objeto de tantas especulaciones empieza por suscitar no pocas dudas, comenzando por la propia historia de la palabra. Decimos lo mismo, pero no pensamos lo mismo. Porque no hay continuidad en los significados, aunque la haya en el significante: *sport* en inglés medieval significaba ‘caza’, pero lo que era ocupación de nobles y cortesanos hoy es una distracción democrática y masificada, pues el deporte concebido como lo tenemos ahora es un invento del siglo XVIII, por tanto, mal podremos pensar en continuidad si la historia ha cortado los pasos del tiempo.

Si miramos el recientemente aparecido *Nuevo Tesoro Lexicográfico del Español*, que recoge repertorios que van desde el siglo XIV hasta el primer diccionario académico (1726), veremos que la lexicografía del español registra en varias ocasiones la voz *deporte*, pero no tal como lo entendemos hoy:

deporte (DEPORTE) PALENCIA 1490: *ruri esse* [...], *Ruri agere*, se refiere a deporte [...]. Et *parce*, a guardar et *duriter*, se refiere al sufrir trabajo [...]. || MINSHEU 1599: deporte, *contentfull, enioying, ioyfull*. || VITTORI 1609: deporte, *esbat, recreation; solazzo, recreatione, piacere*. || MINSHEU 1617: deporte, *lat. recreatio*. || TROGNESEIUS 1639: deporte, *esbat, recreation; ghe-nuchte, vreucht*. || MEZ 1670: deporte, *Erlustigung*.

¹ «Deporte, cultura y lengua», 1993.

Como vemos, la voz estaba más bien relacionada con lo que eran los juegos, pasatiempos y diversiones, normalmente de ámbito cortesano. Para comprobarlo, baste con ver cuál es la definición que nos proporciona la Academia ya en su primer diccionario, el *Diccionario de Autoridades* de la palabra *deporte*:

diverfión, holgura, paffatiempo. Es compuefto de la preposición *De* y la voz *porte*; y como ésta fignifique el trabajo de portear o paffar las cofas de unos parages a otros, puede fer fe dixeffe *Deporte* para explicar fe deponía abfolutamente todo lo que era cuidado y fatiga para divertirse mejor.

Cuando la obra académica pasó a tener un solo tomo (1780) se prescindió de la explicación para quedarse escuetamente en «diversión, holgura, passatiempo».

El jesuita Esteban de Terreros, autor de un excelente diccionario, también del siglo XVIII, aún redujo más la definición, para quedarse únicamente en «diverfión, holgura», aunque poniendo delante otra: «burla, vanidad», que tiene el mismo origen, aunque con una historia que ahora no viene al caso.

Antes de que finalizase la centuria, en la edición de 1791 de su diccionario, la tercera, la Academia introdujo un cambio, para decir que *deporte* es «lo mismo que RECREACIÓN, PASATIEMPO, PLACER, DIVERSIÓN», nada más. Y hoy se define, en la última edición de la obra académica, como

1. Actividad física, ejercida como juego o competición, cuya práctica supone entrenamiento y sujeción a normas.
2. Recreación, pasatiempo, placer, diversión o ejercicio físico, por lo común al aire libre.

En esas dos acepciones están recogidos los sentidos que hoy tiene la palabra en su uso común, y en ellas vemos, a la vez, los cambios que ha sufrido la voz a lo largo de los años en el interior mismo de la obra.

El valor y el significado de la palabra *deporte* ha atraído la atención de los estudiosos ², por los matices que encierra, por su atractiva historia, por los valores que hay en ella y por las relaciones formales y de significación que mantiene con otras voces ³. Antonio Salvador nos lo ha contado con claridad:

² Véase la excelente exposición de Antonio Salvador, *El concepto de la palabra "deporte"*, 1994. Para los aspectos históricos de la voz resulta imprescindible el largo trabajo de Piernaveja, *Depuerto, deporte, protohistoria de una palabra*, 1966. Para los cambios en la palabra y en el léxico del deporte puede verse el § 19 de Rafael Lapesa, «Nuestra lengua en la España de 1898 a 1936», 1996.

³ Véase lo que expuso Gregorio Salvador en «El deporte desde la lengua», 1984, y, sobre todo, Trapero, *El campo semántico "deporte"*, 1979.

La palabra *deporte* es de indudable origen latino, nace de la expresión *deportare* referente a la «salida fuera de las puertas de la ciudad» para dedicarse a juegos competitivos. Otros hacen derivar esta palabra del provenzal *deporter*, vocablo formado hacia el siglo XIII, pero está claro que el origen de la voz *deporte* no se da ya como provenzal, sino de raíz latina. No se trataría pues de un préstamo sino de una voz propia evolucionada, según las reglas del castellano. O sea la voz *deporte* extranjera sustituye a la popular y castiza *depuerto* que poco a poco desaparece.⁴

No quiero desaprovechar la ocasión para decir que la palabra latina PŎRTA tiene, por su parte, un origen que denota ya cierto ejercicio, aunque por unos motivos bien diferentes. En la antigua Roma los muros de la ciudad se consideraban sagrados, no así sus puertas, como nos cuenta Plutarco. Por ello, al fundar una ciudad se trazaban primero los muros haciendo un surco con un arado, con lo que se marcaba lo sagrado. Cuando se debía señalar una puerta se levantaba el arado para que no quedase marca ninguna en ese espacio que no sería sagrado, esto es, el arado se PORTABAT, de donde la denominación de PŎRTA. La leyenda de la fundación de Roma es ésa: Rómulo hizo una reja de bronce que puso al arado que unció a un toro y una becerria y trazó los límites de la ciudad⁵. Después se perdió la noción del origen, y quedaron las puertas, que había que traspasar para hacer ejercicio, para salir al aire libre, para hacer deporte más allá de las puertas.

La explicación para el origen de la palabra que proporcionaba el *Diccionario de Autoridades* en la cita que he aducido antes hacía referencia a ese «trabajo de portear o paffar las cofas de unos parages a otros».

Desde la Edad Media, *deporte* era “entretenimiento”, y así aparece ya en la *Vida de Santa María Egipcíaca*, de la primera mitad del s. XIII, bajo la forma *depuertos*, la patrimonial en nuestra lengua:

sallió al muro dēla çibdat
por demostrar su beldat.
Cató ayuso a los puertos,
on solliá fer sus depuertos. (versos 263-266)⁶

En otros textos medievales la palabra aparece con ese mismo valor de entretenimiento o diversión, en los *Milagros* de Berceo, en el libro de *Miseria de omne*, en el *Libro de Apolonio*, en el *Libro de Alexandre*.

⁴ Antonio Salvador, *El concepto de la palabra “deporte”*, 1994, p. 63. Para el cambio de *depuerto* a *deporte*, véase Trapero, *Del “depuerto” medieval al “deporte” actual*, 1994.

⁵ Tomo todo esto de Rykwert, *La idea de ciudad*, 1985.

⁶ Alvar, *Vida de Santa María Egipcíaca*, 1972, II. Copio los versos de la edición crítica.

Es más, junto al sustantivo existía el verbo que expresaba la acción, *deportar*, carente de empleo en el español moderno, por más que el diccionario académico todavía consigne, aunque con la marca de anticuada, como última acepción de *deportar* la de «divertirse, recrearse», que enlaza con los valores perdidos para la voz *deporte*. Sin salirnos de la *Vida de Santa María Egipcíaca* podemos ver ese valor:

En beber e en comer e follía,
cuidaba noche e día.
Quando se lleva de yantar,
con ellos va deportar. (versos 165-168)

Y antes, fue empleado en el *Poema de Mío Cid* tanto con el valor genérico de “solazarse, holgarse”, como con el más concreto de hacerlo con ejercicios físicos:

Los que ivan mesurando e llegando delant
luego toman armas e tómanse deportar;
por çerca de Salón tan grandes gozos van (versos 1513-1515) ⁷

Probablemente, el texto más evidente en este sentido para unos ojos actuales poco acostumbrados a los textos antiguos sean unos versos del *Libro de Apolonio* que dicen:

Aún por venir era la hora de yantar,
salliéne los donzeles fuera a deportar,
comenzaron luego la pelota jugar,
que solían esse tiempo esse juego jugar. (estrofa 144) ⁸

Y un poco más adelante se emplea también el sustantivo:

Faziála ir derecha quando l' daba de plano,
quando la recibíe, no l' sallíá de la mano;
era en el depuerto sabidor e liviano,
entendríe quien se quiere que non era villano. (estrofa 146)

A lo que sigue:

El rey Architartres, cuerpo de buenas mañas,
salliés' a deportar con sus buenas compañías,

⁷ Manejo la edición de Menéndez Pidal, *Cantar de Mío Cid*, 1977. Tomo los versos de la edición crítica.

⁸ Empleo la edición de Alvar, *Libro de Apolonio*, 1976. Como en los otros casos, copio las estrofas de la edición crítica.

todos trayen consigo sus vergas e sus cañas,
eguales e bien fechas, derechas e estrañas. (estrofa 147)

No creo que el empleo de *deportar* con ese valor traspasara los límites de la Edad Media, pues no lo registra – con el valor que nos interesa ahora – ningún diccionario de los que hemos empleado para el *NTLE*. Tal vez su suerte corriera paralela a la de *depuerto*, sustituida por *deporte* allá durante el siglo XV, palabra ésta procedente del provenzal *deport*.

Aunque la variedad de los textos es pequeña, esa colección de citas es bien aclaratoria de lo que se consideraba deporte. Aquellos primeros versos de la *Vida de Santa María Egipciaca* que he aducido son ciertamente ilustrativos, pues, por un lado, el de la perspectiva cultural, nos dicen que para hacer ejercicio había que salir de la ciudad; por otro lado, el de la perspectiva lingüística, está el empleo de la forma *depuertos*, bien significativa por cuanto la filiación francesa del poema es incuestionable, pese a lo cual se manifiesta preferencia por la forma española que no tardaría mucho tiempo en dar paso al *deporte* moderno.

Con los versos del *Libro de Apolonio* se nos confirman varias cosas: que el deporte era una actividad que se realizaba al aire libre, y que el ejercicio era cosa de nobles y de villanos, aunque la soltura y destreza de éstos resultaba mucho menor. Había unos juegos que practicaban todos, porque se ejecutaban a pie, como el de la pelota de que se habla en el *Libro de Apolonio*, que se lanzaba con la mano, como vemos todavía hoy. Otros, eran juegos de caballeros, y se realizan montados a caballo, con armas o elementos que las representaban. Así, en el *Poema de Mío Cid* toman las armas y se ponen a jugar, o en el *Libro de Apolonio* se entretienen con vergas y cañas. El entretenimiento de las cañas todavía aparece hoy recogido en el diccionario académico: «Fiesta de a caballo en que diferentes cuadrillas hacían varias escaramuzas, arrojándose recíprocamente las cañas, de que se resguardaban con las adargas».

En la historia de nuestra literatura se pueden encontrar numerosas referencias y descripciones de juegos y diversiones, no así en los diccionarios y tratados gramaticales, pues la finalidad está muy alejada de esos intereses. Otra cuestión es que en ellos se recojan términos referidos a esas actividades, lo cual parece más lógico, y que en más de una ocasión vayan más allá de la estricta definición lexicográfica, o se agolpen términos referidos a algún juego, diversión o actividad similar. Por ello, resulta llamativo que Lorenzo de Robles pusiera en su manualito para la enseñanza del español a franceses ⁹, en uno de los diálogos con que solían enseñarse las lenguas, el juego del rehilero – hoy emplearíamos el anglicismo *bádminton* –, como entretenimiento de damas, no exento de ras-gos de picardía en

⁹ *Advertencias y breve método*, 1615.

la descripción del desarrollo de la acción:

Catalina, ya le tengo, y le echo.

Dama, no le echas tan baxo: más alto. No le des con el pie: Mira que has leuantado mucho la pierna.

Catalina, qué importa todas fomas mugeres: ha vífto algo Señora?

Dama la camifa, hafta encima la rodilla.

Y un poco más adelante:

Dama, Para qué corrías tanto?

Francisca, Si V. M. da tanta prieffa, qué he de hazer?

Dama, De nalgas as caydo: atápate, acaba de cubrirte.

Francisca, A me vífto algo?

Dama, Hafta el ombligo.

Francisca, Cúbranme pues, que yo no puedo.

Que fuese de damas no quiere decir que fuese un juego en el que no se jugase algo:

Dama, Iuana, qué iugaremos?

Catalina, vn millar de alfileles, o vn efpejo.

Dama, bien dezíf, mirad que ha de pagar quien pierda?

Catalina, todos pagaremos.

Lo curioso que es que el nombre de este juego, *rehilero* o *rehilete*, sólo lo consigna un diccionario anterior al de la Academia, y ya en el siglo XVIII, el excelente bilingüe de John Stevens ¹⁰, que dice: «*rehilete*, a shuttle cock». Más o menos es lo mismo que hoy sigue diciéndonos el *DRAE*: «Juguete que consta de un zoquetillo de madera o corcho con plumas que se lanza al aire con una raqueta».

Las representaciones del deporte en la historia del arte son casi tan antiguas como el ejercicio mismo. La literatura tampoco podía ser ajena al fenómeno, y son innumerables los testimonios que nos ha ido dejando a lo largo de los siglos, desde la Edad Media hasta nuestros días ¹¹, en los que menudean artículos periodísticos sobre algún aspecto del deporte salidos de las plumas de los más insignes escritores. Recordemos, por ejemplo, cómo Rafael Alberti, una de las figuras cumbres de la poesía del siglo XX, dejó inmortalizado en la *Oda a Platko* al guardameta del F. C. Barcelona, en la memorable final de la Copa de España de fútbol que tuvo lugar en los Campos de Sport del Sardinero, en Santander, el 20 de mayo de 1928:

¹⁰ *A Spanish and English Dictionary*, 1706.

¹¹ Véanse a este propósito los estudios y comentarios, así como la antología de textos de la literatura deportiva, que hizo Gallego Morell, *Literatura de tema deportivo*, 1969.

Nadie se olvida, Platko,
no, nadie, nadie,
oso rubio de Hungría.

Ni el mar,
que frente a ti saltaba sin poder defenderte.
Ni la lluvia. Ni el viento, que era el que más rugía.

Ni el mar, ni el viento, Platko,
rubio Platko de sangre,
guardameta en el polvo,
pararrayos.
No nadie, nadie, nadie.

Camisetas azules y blancas, sobre el aire.
Camisetas reales,
contrarias, contra ti, volando y arrastrándote.
Platko, Platko lejano,
rubio Platko tronchado,
tigre ardiente en la yerba de otro país.
¡Tú, llave, Platko, tu llave rota,
llave áurea caída ante el pórtico áureo!
No nadie, nadie, nadie,
nadie se olvida, Platko.

Volvió su espalda al cielo.
Camisetas azules y granas flamearon,
apagadas sin viento.
El mar, vueltos los ojos,
se tumbó y nada dijo.
Sangrando en los ojales,
sangrando por ti, Platko, por tu sangre de Hungría,
sin tu sangre, tu impulso, tu parada, tu salto,
temieron las insignias.

No nadie, Platko, nadie,
nadie se olvida.

Fue la vuelta del mar.
Fueron
diez rápidas banderas
incendiadas, sin freno.
Fue la vuelta al corazón de la esperanza.
Fue tu vuelta.

Azul heróico y grana,
mandó el aire en las venas.

Alas, alas celestes y blancas, rotas alas,
combatidas, sin plumas, escalaron la yerba.
Y el aire tuvo piernas,
tronco, brazos, cabeza.
¡Y todo por ti, Platko,
rubio Platko de Hungría!

Y en tu honor, por tu vuelta,
porque volviste el pulso perdido a la pelea,
en el arco contrario al viento abrió una brecha.

Nadie, nadie se olvida.

El cielo, el mar, la lluvia lo recuerdan.
Las insignias.
Las doradas insignias, flores de los ojales,
cerradas, por ti abiertas.

No nadie, nadie, nadie,
nadie se olvida, Platko.

Ni el final: tu salida,
oso rubio de sangre,
desmayada bandera en hombros por el campo.

¡Oh, Platko, Platko, Platko
tú, tan lejos de Hungría!

¿Qué mar hubiera sido capaz de no llorarte?
Nadie, nadie se olvida,
no, nadie, nadie, nadie.

Pero volvamos al lugar en que estábamos. El primitivo valor que tuvo la palabra *deporte* todavía permanece en la lengua, aunque altamente contagiado por el otro sentido, hasta el punto que no sé si se llega a distinguir bien el uno del otro. De este modo, la Real Academia Española consigna, como hemos visto, en primer lugar la acepción de «actividad física, ejercida como juego o competición, cuya práctica supone entrenamiento y sujeción a normas»; esto es, el deporte es tanto juego como competición, pero sobre todo actividad física, diría yo que intensa. Y a continuación de ella incluye una segunda, que es la «recreación, pasatiempo, placer, diversión o ejercicio físico, por lo común al aire libre», que responde a los valores que hemos estado viendo. En esta no hay competición, y que puede ser ejercicio físico, aunque, pienso, no tan intenso como el otro. Corominas y Pascual, s. v. *portar* dicen que *deporte* «en la ac. ‘actividad, común-

mente al aire libre, con objeto de hacer ejercicio físico', es calco moderno del ingl. *sports*. Si no lo entiendo yo mal, el sentido antiguo y el moderno son muy próximos y el anglicismo, a partir de ese *sport*, consiste en la intencionalidad de hacer ejercicio, lo cual no quiere decir que antes no se hiciese, sino que no se buscaba hacerlo, únicamente se pretendía el entretenimiento. Hay, pues, un cambio en la mentalidad del ejercicio que hace que una palabra con varios siglos de presencia en la lengua se vea contaminada con un sentido foráneo que venía a dar cuenta de nuevas actitudes ante el solaz y entretenimiento en la búsqueda del ejercicio físico.

Del segundo y último de los sentidos registrados por la Academia ha surgido una locución adverbial, *por deporte*, que figura igualmente en el *DRAE*, con el valor de «Por gusto, desinteresadamente», con la precisión de que también puede ser empleada con valor irónico.

¿Y en italiano qué?, podrán preguntarme. Mis conocimientos sobre esta lengua son bien escasos. Todos Vdes. saben que en la actualidad no hay una palabra directamente relacionada con *deporte*, salvo *deportare*, aunque su valor es distante de los que nos han traído hasta aquí, y sólo se desarrolla después de la Revolución Francesa, por influencia de ésta ¹². El término *sport* es un evidente anglicismo introducido después, en el siglo XIX, así como el adjetivo *sportivo*; la expresión *per sport* es ya del siglo XX, registrado en el *Dizionario moderno* de Panzini (1908²), siempre tan atento a los neologismos. Posteriores son *sportivamente* y *sportività* ¹³. ¿Es que los italianos no habían practicado el deporte hasta entonces? No, ni mucho menos, pues para el italiano medieval se atestiguan las formas *diporto* y *diportare* con unos valores similares a los que hemos visto para el español.

Algo parecido podríamos decir para el francés, lengua en la que *sport* es un anglicismo introducido también en el s. XIX, y que fue admitido por aquella Academia en 1878 ¹⁴. Esos datos son suficientes para hacernos una idea de la época en que se difunde la nueva manera de hacer ejercicio, y con ello la palabra que servía para designarlo. En sentido estricto, ni los italianos, ni los españoles, habían hecho deporte, sino que tenían unos entretenimientos y diversiones a los que llegó la gran competencia del deporte. En español existía la palabra *deporte*, que había venido a sustituir a *depuerto*, y se contaminó por los nuevos valores.

El éxito de la palabra *sport* en francés, como en otras lenguas, se debió a la publicación del periódico «le Sport», fundado en 1853. Lo curioso es que la voz inglesa tiene su origen en la francesa *disport* (por aféresis se quedó en *sport*), procedente del francés antiguo *desport*, variante

¹² Véase Cortelazzo y Zolli, *Dizionario etimologico della lingua italiana*, 1980, s. v. *deportare*.

¹³ *Ibi*, s. v. *sport*.

¹⁴ Tomo mi información de Hatzfeld y Darmsteter, *Dictionnaire général de la langue française*, 1920, s. v. *sport*.

de *deport*, “entretenimiento, diversión”, sustantivo formado a partir del verbo *se deporter*, “divertirse, entretenerse”, lo que está en consonancia con las formas medievales españolas ¹⁵.

Quería realizar estas precisiones, tal vez un poco largas para los fines que nos han reunido aquí, para saber dónde estamos, cómo se ha llegado hasta la situación actual. De nada vale saber qué somos o cómo somos si no conocemos nuestra propia historia. Para saber qué es el deporte hemos de conocer qué es la palabra *deporte*, cuál es su devenir histórico. Otra cuestión sobre la que no voy a tratar es cómo se pasa de la diversión al ejercicio y del ejercicio al deporte, ni cuál es el tipo de ejercicio que se realiza, si intelectual (¿por qué el ajedrez es un deporte, con sus federaciones nacionales e internacional?) o mecánico (puramente físico o transmitido a una máquina o instrumento, como en el ciclismo o en el lanzamiento de disco o de martillo, o empleando aparatos como en la gimnasia), si se realiza entre personas o se pone a competir animales (la colombicultura o la competición de galgos son deportes, con sus respectivas federaciones), pero no si se enfrentan personas y animales (las corridas de toros no son deporte), si interviene el azar (como en el juego de la lotería o en el de pares o nones) o no (por ejemplo, en la halterofilia), si se hace individualmente o en grupo, por entretenimiento o competición, por satisfacción propia o para diversión del público, si se realiza con afán de superación o no, si es por decisión personal o por prescripción médica, si es una actividad sin más o es remunerada, etc., etc. Todo ello podría ocuparnos horas y horas, si yo, que me dedico únicamente a las palabras (y esto no tiene nada de ejercicio físico) supiera algo de esas otras cosas que atañen al deporte y a la cultura, o al deporte y a la sociedad.

Y si el deporte, en su concepción moderna, es tan reciente, no debe extrañarnos que sea en una época bien próxima cuando los diccionarios hayan comenzado a dar cuenta del léxico de los diferentes deportes, aunque no de una manera exhaustiva, probablemente porque muchas de las denominaciones, por el origen del deporte en general y de los deportes en particular, son de procedencia extranjera y ajenas a lo patrimonial de la lengua, por más que cada día se hagan de uso más frecuente, y no resulten en muchos casos extrañas o sorprendentes a los hablantes ¹⁶.

Por esos motivos, y otros, el estudio del léxico del deporte resulta, a la vez, atractivo y complicado. Es atractivo por la cantidad de voces que se utilizan, por la creatividad continua que se produce, especialmente en la prensa, por el afán de notoriedad, o, al menos, de originalidad de los pe-

¹⁵ Me remito a la explicación que proporciona *Le grand Robert de la langue française*, t. VIII, 1987, s. v. *sport*.

¹⁶ Rodríguez Adrados, *Características de la lengua deportiva*, 1994, p. 149, señaló la ausencia de muchos de estos términos en el *DRAE*, pese a ser usuales.

riodistas. Por ello mismo, su estudio resulta complicado, ya que se encuentra en continuo cambio y actualización, por lo que son numerosas las alteraciones semánticas de todo tipo, las imágenes que se producen, tanto más abundantes cuanto más popular es el deporte. Por esa razón es por la que el lenguaje del fútbol o del ciclismo han sido objeto de numerosos estudios ¹⁷, por la gran implantación social de que goza.

En esa búsqueda de expresividad, o de originalidad, a que acabo de aludir, resulta un procedimiento común en las designaciones el empleo de metáforas. Son bien conocidas, por la difusión que alcanzan, pero también por haber sido objeto de estudio reciente, las que se emplean en el fútbol ¹⁸ (por ejemplo, cuando el balón sale de los límites del terreno de juego *sale por la línea de cal*), aunque no es el único ámbito en el que sucede. El gran seguimiento que generan los deportes de masas lleva a los periodistas a practicar la exageración, a hacer trascendente cuanto rodea a un encuentro, carrera o competición (¿cuántos encuentros del año, del siglo o del milenio hemos conocido?, ¿cuántas finales puede jugar un equipo cada año sin haber alcanzado la final de una competición?, ¿cuántas veces un equipo o un deportista *hace historia*?, ¿cuántos *duelos estelares* puede haber entre jugadores de dos equipos contrarios, entre equipos de un mismo campeonato, entre participantes en una competición?), pues, en la imaginación colectiva, sucede lo que ocurría en la antigua Grecia, que el honor de la victoria no sólo recaía sobre el deportista, sino sobre su familia y sobre su ciudad. Y como los deportistas y los equipos rivalizan entre sí, son incontables las imágenes que llevan al combate, a la guerra ¹⁹, por ello los delanteros se convierten en *arietes* y los equipos en *escuadras*. Es la *épica* que lo preside todo. Pero las comparaciones llevan a otros terrenos, como el de la mitología, para ensalzar al deportista, que deja de serlo para convertirse en el héroe, semidiós o dios del momento, por efímero que resulte ²⁰, de modo que el guardameta es el *cancerbero*, y si un equipo no marca un tanto es que *perdona la vida* al otro. Así, los deportistas y los equipos logran *hazañas*, hacen *historia*, y cuando la situación es

¹⁷ Para el fútbol debe verse Vivas Holgado, *El fútbol: léxico, deporte y periodismo*, 1999. Para el ciclismo sigue siendo imprescindible el libro de Rodríguez Díez, *Las lenguas especiales: el léxico del ciclismo*, 1981, así como el más reciente trabajo de Hernán-Gómez Prieto, *El lenguaje del deporte: el caso del ciclismo. Propuesta de un glosario bilingüe español/italiano*, 2006, pp. 293-314. Quiero dejar constancia de la reciente aparición, al otro lado del Atlántico, del librito de Peltzer, *Léxico del fútbol*, 2007.

¹⁸ Medina Montero, *La metáfora en el léxico futbolístico*, 2007, pp. 197-239.

¹⁹ Rodríguez Díez, en *El lenguaje sectorial del deporte en la prensa escrita*, 1994, pp. 109-126, y en especial la p. 118 y ss. señala el código bélico o épico-bélico como característico del lenguaje periodístico, junto al empleo de extranjerismos.

²⁰ A este propósito, véase el trabajo de Manuel Alvar citado en la primera nota, pp. 132-136.

difícil o comprometida se acude a *la heroica* para conseguir el objetivo con un empeño que no está al alcance de las personas normales. Si, por un lado, está el aspecto heroico y sobrehumano del esfuerzo del deportista, por otro se encuentra la ansiada recompensa. El premio es para el vencedor y el castigo para el perdedor, con referencias al mundo de la religión tan presente en nuestra cultura. Así, el *infierno* es, en el fútbol, el castigo al que se ven sometidos determinados equipos al descender a la segunda división, pero es también el estadio del equipo contrario que anima de manera sobrecogedora a los suyos. En el extremo contrario se halla la *gloria* que sólo alcanzan los vencedores, y, entre medio, la *salvación* a la que aspiran los equipos que corren el riesgo de perder la categoría. En este sentido, no olvidemos que la *Catedral* es el estadio donde juega el Atlético de Bilbao.

Las imágenes se extraen, igualmente, de otros ámbitos de la realidad cercana, y los jugadores se disponen en *rombo*, le *hacen un caño* al contrario, o *cazan* al contrario cuando se comete una falta con deliberada saña, *sacan oro* de una jugada difícil o intrascendente, marcan un gol *por toda la escuadra*, *limpiando las telarañas*, y se convierten en los *verdugos* de los contrarios, término que también se aplica en otros deportes a circunstancias parecidas. Si el equipo juega sin atacar claramente es porque *especula*, y cuando carece de otros recursos en el ataque se dedica a *tirar balones a la olla*. Cuando se supera una situación comprometida o se logra un resultado aceptable en circunstancias adversas, o con un juego *especulativo*, puede decirse que *se salvan los muebles*. No es el fútbol el único deporte que se presta a cuantas comparaciones puedan surgir en la imaginación del comentarista deportivo, que luego se generalizarán en el ámbito en que han surgido, de manera que un ciclista puede *hacer la goma* cuando está cansado, esto es, quedarse atrasado en un grupo y luego volver a unirse a él, y en el golf la pelota puede hacer la *corbata*, esto es, girar alrededor del hoyo, sin entrar en él, para desesperación del jugador; o un jugador de baloncesto puede hacerle un *tapón* al contrario impidiéndole que *enceste*, que consiga una *canasta*. Un equipo o un deportista cualquiera que consigue dejar atrás a sus competidores, habiendo vencido de manera incontestable, es porque *da un golpe de autoridad*. Es de carácter general la denominación de *farolillo rojo*, que el diccionario académico define, en el lenguaje coloquial, como «el último en una competición u otro lugar», y que hace referencia al que llevaba el último vagón de un tren, o que se ponía al final de algunos vehículos. Puede suceder, también, que una de estas imágenes esté tomada de otro deporte, como los ciclistas competitivos en terrenos montañosos de los que se dice que son *buenos escaladores*.

En la visión de lo que es el léxico deportivo no podemos separar el

empleo de esas comparaciones de la tendencia que se observa en los medios de comunicación hacia la innovación, la sorpresa, lo insólito, en el ámbito que nos ocupa. De ahí la infinidad de cambios léxicos de todo tipo, la cantidad de imágenes y creaciones con que podemos encontrarnos, como los consabidos *esférico* o *cuero* para nombrar al balón en el fútbol, o *trencilla* al árbitro; un balón mal enviado por el compañero es un *melón*; el jugador que simula una falta con una caída dentro del área adversaria, se *tira a la piscina*; y si un equipo consigue cinco tantos le habrá hecho una *manita* al otro. ¿Y qué decir del ciclista o del esquiador que desciende por una fuerte pendiente, corriendo algunos riesgos, incluso el de la propia vida, *a tumba abierta*? En el lenguaje del ciclismo los ciclistas que tienen la misión de ayudar al corredor principal del equipo son los *domésticos* (acepción que registra el diccionario académico), que cuando tienen que ir al coche de apoyo para recoger los botellines de agua para repartirlos entre los compañeros se convierten en *aguadores*. En ese mismo deporte, los sanitarios que se presentan por sorpresa para extraer sangre de los corredores y analizarla, con el fin de detectar y evitar el dopaje, son los *vampiros*. Los esquiadores pueden encontrarse con *bañeras*, que no son sino los badenes que se forman en los lugares en que se producen los giros, y donde la nieve tiene una consistencia diferente al resto de la pista, acepción que aparece en el diccionario académico como propia del lenguaje deportivo, así como la siguiente, restringida al alpinismo, «escalón grande que hace en el hielo el primer escalador de una cordada para reunirse con los demás».

Esas creaciones, si tienen la necesaria fortuna, pueden pasar de un deporte a otro, de manera que todo equipo tiene una *columna vertebral*, que es el conjunto de jugadores que le da continuidad como equipo, y, en el campo, el eje que organiza el juego. E, incluso, pueden llegar a la lengua general, como las expresiones *tirar o arrojar la toalla* y *tener entre las cuerdas a alguien* (muy empleada en las crónicas políticas, pero también en otros ámbitos), sin duda surgidas del boxeo, la primera como señal de que uno de los púgiles abandona el combate y la segunda para señalar que un boxeador tiene acorralado al adversario a punto de noquearlo; o como *dejar, quedarse o estar en fuera de juego* para referirse a alguien que no ha podido intervenir, por no haberse enterado, por haber sido marginado, por no cumplir las condiciones necesarias, etc., en una actividad, compromiso, conversación, etc., por haber sido neutralizado en sus capacidades; o como *colar o meter un gol a alguien*, que se registran en el diccionario de la Academia como frases de carácter coloquial con el valor de «obtener un triunfo sobre él, a veces con engaño», por no hablar del archiconocido *casarse de penalty*, frase coloquial también recogida en ese diccionario para «casarse por haber quedado embarazada la mujer». Igual-

mente, ha pasado a la lengua general a partir del lenguaje del automovilismo o del motorismo la expresión *ir al rebufo de alguien o algo*, igual que se ha tomado del ciclismo *chupar rueda*, con el valor de aprovecharse del trabajo ajeno (acepción consignada en el diccionario de la Academia). Del atletismo nos ha llegado la construcción *dar el pistoletazo de salida* para nombrar la señal con que comienza una actividad, normalmente desarrollada con rapidez.

Los juegos han sido hasta época bien reciente de carácter tradicional, por lo que su léxico resulta estable – mientras perdura –, salvo las diferencias regionales o dialectales que se dan. Por el contrario, los deportes, al menos los de masas, son de origen extranjero. Nos han llegado después de la revolución industrial desde los países con mayor bonanza económica y laboral, cuando los trabajadores han tenido tiempo para su recreo y han podido acudir en masa al lugar de esparcimiento, pues todos han dispuesto de un horario similar; dicho con palabras de hoy, fue el momento en el que se socializó el deporte, tanto por el número de practicantes como por el de seguidores. Debido a ese carácter foráneo es por lo que, como bien sabemos, los vocabularios específicos de las diferentes disciplinas deportivas están plagados de voces extranjeras para las que raramente se buscan sustitutos en español²¹. Por eso, también, los nombres de los propios deportes son extranjeros: *fútbol*, *tenis*, *golf*, *judo*, *esquí*, *rugby*, *tenis*, *ping-pong*, y tantos otros que recordamos sin mucho esfuerzo. En algunos nombres de deportes triunfa, sin duda, la forma española, como *baloncesto* frente al raro, pero no desconocido, *basket*; en otros casos, la forma española no ha triunfado, como le sucedió a *balompié* – ya sólo una reliquia en el nombre de algún club – frente al *fútbol* general, que, además, en una de sus modalidades es *fulbito*, no *futbolito* o algo parecido; en otras ocasiones, conviven la forma española y la extranjera, de manera que *volley* y *balonvolea* se emplean indistintamente, aunque, pienso, el término inglés, por su brevedad, desplaza al nuestro, mientras que el híbrido *volley playa* no parece tener competidor, por lo largo que sería *balonvolea (de) playa*, claro que algo parecido podríamos decir del *turf* y las *carreras de caballos*, siendo ésta la denominación mayoritaria.

En la tendencia para sorprender al espectador, al oyente o al lector, se trufan las crónicas deportivas con multitud de extranjerismos, en la mayor parte innecesarios, unos propios del deporte, pero otros no, aunque tengan que ver con su desarrollo. Con ellos, el periodista quiere hacer ver sus conocimientos en otras lenguas, o disimular su desconocimiento, y poner inmediatamente al lector o al oyente en el contexto en que tiene

²¹ En este sentido proporciona una gran documentación la obra de Alzugaray, *Extranjerismos en el deporte*, 1982.

lugar el acontecimiento. De este modo, si la transmisión o la noticia se refiere al *Tour* de Francia, las carreteras o las calles no están adoquinadas o tienen adoquines, sino que son el *pavé*, y las rotondas y glorietas dejan de serlo para llamarse *rond-point*. De la misma manera, si se trata del *Giro* de Italia, los ciclistas llevan *maglia* y el líder la *maglia rosa*. Sin embargo, algunas de esas innovaciones trascienden el ámbito de la situación concreta y se generalizan, de modo que, por ejemplo, la conjunción adversativa *pero*, átona en español, pasa a ser tónica, con acento en la *o*, y, por lo general, más abierta de lo habitual en español, en numerosas ocasiones dentro del lenguaje del deporte, y no necesariamente en las crónicas, por influjo del italiano, de modo que no es extraño oír a un locutor de radio o televisión, o a un futbolista que es entrevistado, todos españoles, la pronunciación *peró*. Así también, cuando en una competición ciclista, sea en Italia, Francia, España o cualquier otro lugar, se forma un pequeño grupo de *unidades* (se llaman *unidades* y no *ciclistas*, mientras que en otros deportes son meras *piezas*) ese grupo, indefectiblemente, es un *gruppetto*, que nada tiene que ver con la terminología musical (italianismo que también se emplea en español); el *sprint* (anglicismo deportivo recogido en el diccionario académico) con el que se resuelven muchas etapas es la *volata* tanto en el *Giro* de Italia como en otras carreras ciclistas; y la indumentaria de estos deportistas es el *maillot* y un o una –de acuerdo con las preferencias morfológicas del cronista – *culotte*. Y ya cualquier deportista tiene un *palmarés*, voz que se encuentra en el *DRAE*, cuya segunda acepción es «historial, relación de méritos, especialmente de deportistas», por más que se aplique también a los equipos. Una fuerte entrada a un jugador contrario, causándole una lesión es un *sándwich*, forma cuya motivación en ese empleo desconozco. En el baloncesto el *pivot* es un jugador con unas determinadas misiones, y en el fútbol el *pivote* (que deriva de la misma voz que *pivot*) otras similares. Resulta curioso que el *DRAE* registre aquella, más próxima a la forma originaria, y no ésta. En el léxico del fútbol la función de pivote suelen desempeñarla dos jugadores, e incluso tres, con lo que en las crónicas deportivas se ha deconstruido el *pivote*, como si fuera una palabra compuesta, para llevar al *trivote*.

Todos estos cambios, por paradójico que nos resulte, no suponen enriquecimiento ninguno de la lengua, más bien lo contrario, pues lo que puede ser un brillante hallazgo en una ocasión, un rasgo de ingenio, a la postre, por reiterativo y falto de imaginación, provoca el hastío. Pero hay más, en esa continua búsqueda de la expresividad parece que todo valiera para todo, lo cual conduce a un empobrecimiento del sistema. Así, por ejemplo, el uso bien sabido de *inalterable* por *inalterado*, haciendo que, por ejemplo, un resultado o una clasificación, resulte *inalterable*, aunque sólo sea durante unos minutos o unos segundos.

En este sentido resulta bien significativo el uso y abuso de la preposición *sobre* que ya no sólo indica la posición, sino también la dirección, invadiendo los terrenos de *a* y *hacia* (valores que registra el diccionario académico sin más especificaciones, que, considero necesarias, y que no pueden extenderse a cualquier circunstancia). En las retransmisiones de encuentros de fútbol (también de baloncesto, pero ahí estaría más justificado) no es raro escuchar que un futbolista ha realizado un pase *sobre* un compañero, cuando, justamente, la intención no es sobrepasar a su compañero, sino que le llegue el balón a éste, u otro futbolista ha hecho un regate *sobre* su adversario cuando el balón ha ido a ras de tierra, o que un delantero ha lanzado *sobre* la meta contraria y ha conseguido un gol, es decir, que el balón no ha pasado sobre la portería, sino que ha entrado en ella. En este sentido, hace bien poco, el 3 de abril de 2008, con motivo del encuentro Bayern Munich-Getafe, oí a un locutor que un jugador del equipo español había hecho un túnel sobre el adversario, cuando se veía claramente que había sido por debajo ...

El sistema prepositivo español está sacudido por el lenguaje del deporte, con violaciones que lo caracterizan, como en el baloncesto, donde no se gana *por* un determinado número de tantos de diferencia, sino que se gana *de* un número concreto de puntos.

Algo parecido podríamos decir del artículo, cuyo empleo en las retransmisiones deportivas tiende a evitarse en determinados casos, lo cual también puede apreciarse en la lengua hablada, de manera que no es extraño oír que un jugador avanza *por banda derecha*, y construcciones parecidas.

La pobreza expresiva alcanza una de sus cotas más altas en boca de los propios deportistas y de los cronistas deportivos, con la expresión *estar ahí*, de modo que para indicar la clasificación de un equipo, la de un deportista, el lugar que ocupa en el desarrollo de una carrera o competición, o cuando se encuentra en una posición que no es la mejor, o que se ha logrado gracias a un esfuerzo superior al esperado o por cualquier otro motivo, indefectiblemente se recurre a ese *estar ahí*, que vale para todo, para señalar la clasificación, para indicar las aspiraciones, las posibilidades de alcanzar una meta ...: siempre se *está ahí*, sin que el oyente que no esté al tanto de aquello de lo que se habla sepa dónde se está, y el valor que tiene el estar precisamente ahí, ni cuánto tiempo se va a estar ahí.

El deporte es un mundo de competición, y, por ello, de pasión, en el que ponemos algo de nuestro propio esfuerzo y mucho de nuestros ánimos y empeño, que, cuando no practicamos la actividad sino que somos meros espectadores o aficionados, se encargan de avivarnos los periodistas, creando un mundo de fantasía como reflejo de la realidad, lo cual

lleva a la decepción cuando no se cumple lo imaginado. Ahí está lo sugestivo del mundo del deporte, y, para nosotros, lo atractivo de su léxico, la creatividad incesante, lo inesperado de las formas, que se une a una terminología extranjera en disputa, desigual, con las palabras tradicionales.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvar, Manuel, «Deporte, cultura y lengua», en *La lengua de ...*, Guadalajara, Universidad de Alcalá de Henares, 1993, pp. 117-142.
- Alvar, Manuel, *Libro de Apolonio. Estudios, ediciones, concordancias*, 3 vols., Valencia, Fundación Juan March - Editorial Castalia, 1976.
- Alvar, Manuel, *Vida de Santa María Egipcíaca. Estudios, vocabulario, edición de los textos*, 2 t., Madrid, CSIC, 1972.
- Alzugaray Aguirre, Juan José, *Extranjerismos en el deporte*, Barcelona, Hispano Europea, 1982.
- Cortelazzo, Manlio - Zolli, Paolo, *Dizionario etimologico della lingua italiana*, Bologna, Zanichelli, 1980, 5 vols.
- Gallego Morell, Antonio, *Literatura de tema deportivo*, Madrid, Editorial Prensa Española, 1969.
- Hatzfeld, Adolphe, y Arsène Darmesteter, *Dictionnaire général de la langue française* [...], París, Delagrave, 1920⁶.
- Hernán-Gómez Prieto, Beatriz, *El lenguaje del deporte: el caso del ciclismo. Propuesta de un glosario bilingüe español/italiano*, en María Vittoria Calvi y Luisa Chierichetti (eds.), *Nuevas tendencias en el discurso de especialidad*, Peter Lang, Berna, 2006, pp. 293-314.
- Lapesa, Rafael, «Nuestra lengua en la España de 1898 a 1936», en *El español moderno y contemporáneo. Estudios lingüísticos*, Crítica, Barcelona, 1966, pp. 343-396.
- Le grand Robert de la langue française*, t. VIII, París, Le Robert, 1987.
- Medina Montero, J. Francisco, *La metáfora en el léxico futbolístico: el caso de los participantes en español, y sus posibles equivalentes en italiano*, en Luis Luque Toro (ed.), *Léxico español actual. Actas del I Congreso Internacional de Léxico Español Actual. Venecia-Treviso, 14-15 de marzo de 2005*, Venecia, Università Ca' Foscari, 2007, pp. 197-239.
- Menéndez Pidal, Ramón, *Cantar de Mío Cid. Texto, gramática y vocabulario*, 3 vols., Madrid, Espasa Calpe, 1977⁵.
- Peltzer, Federico, *Léxico del fútbol*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 2007.
- Piernavieja, Miguel, *Depuerto, deporte, protohistoria de una palabra*, «Citius, Altius, Fortius», VII, 1966, pp. 5-190.
- Robles, Lorenzo de, *Advertencias y breve método, para saber leer, escribir y pronunciar la lengua castellana, con buena ortografía, jamás escrita por esta orden* [sigue el título en francés], París, Fleury Bourriquant, 1615.

- Rodríguez Adrados, Francisco, *Características de la lengua deportiva*, en *El idioma español en el deporte*, Madrid, Fundación EFE, 1994, pp. 141-161.
- Rodríguez Díez, Bonifacio, *El lenguaje sectorial del deporte en la prensa escrita*, en *El idioma español en el deporte*, Madrid, Fundación EFE, 1994, pp. 109-126.
- Rodríguez Díez, Bonifacio, *Las lenguas especiales: el léxico del ciclismo*, León, Colegio Universitario de León, 1981.
- Rykwert, Joseph, *La idea de ciudad. Antropología de la forma urbana en el Mundo Antiguo*, Madrid, Hermann Blume, 1985; versión en italiano, Turín, Giulio Einaudi, 1981.
- Salvador, Antonio, *El concepto de la palabra "deporte"*, en *El idioma español en el deporte*, Madrid, Fundación EFE, 1994, pp. 63-75.
- Salvador, Gregorio, «El deporte desde la lengua» (1969/1970), en su *Semántica y lexicología del español*, Madrid, Paraninfo, 1984, pp. 103-117.
- Stevens, John, *A Spanish and English Dictionary*, Londres, George Sawbridge, 1706.
- Trapero, Maximiano, *Del "depuerto" medieval al "deporte" actual. Cuestiones semánticas*, en *El idioma español en el deporte*, Madrid, Fundación EFE, 1994, pp. 79-101.
- Trapero, Maximiano, *El campo semántico "deporte"*, Santa Cruz de Tenerife, Caja Canarias, 1979.
- Vivas Holgado, Jesús, *El fútbol: léxico, deporte y periodismo*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1999.